Se dice que al fundir la armadura salían del fondo de las llamas blasfemias y carcajadas infernales que llenaron de pánico á los trabajadores.

Casi un siglo permaneció la cruz en la confluencia de los dos caminos, hasta que se ordenó fuese quitada de allí á fin de convertirla en campana que se destinaba á un monasterio cercano á Madrid.

La orden se cumplió, pero sucedió entonces que la campana repicó por sí sola algunas noches, aun en presencia de algunos sacerdotes que habían ido á conjurarla. La Inquisición que tuvo conocimiento de este raro suceso, sentenció á la campana á la pérdida de la lengua y á destierro perpétuo qne extinguiría en la capital de la Nueva España.

La campana era de artística construcción; la adornaban varios relieves y remataba en una corona imperial asida por dos leones.

Cuando llegó á México fué colocada en el reloj de palacio dando las horas herida exteriormente por unos martinetes y allí permaneció hasta hace pocos años en que fué quitada y fundida no sé con qué objeto.

EL CLERIGO EN PENA

En el mes de Julio de 1712 comenzó á decirse que en la calle de Jesús María frente á la reja del Cementerio de la Iglesia, aparecía un clérigo que andaba en pena, que todas las noches á las 7 aparecía y que al pasar algún charco formado por las lluvias de aquellos meses, se levantaba los hábitos mostrando unas secas y amarillentas canillas.

Ya unos decían que era un jesuita que había muerto renegando; otros, que era un virtuoso sacerdote que vivió más de treinta años en el 7 de esa calle y que murió sin dejar arreglados sus negocios y, finalmente otros aseguraban que era un rico benedictino que andaba en pena para ver á quien legaba su cuantiosa fortuna.

El vecindario estaba alarmadísimo; ningún mancebo quería aventurarse por la calle después del toque de oraciones, y las familias desde esa misma hora se encerraban y atrancaban sus puertas fuertemente, pues ninguno quería verse cara á cara con un muerto.

La ronda recogió los cuerpos de unas infelices mujeres que se habían desmayado al encontrarse con el espectro.

1871.

No tardó esto en llegar al conocimiento del Virey, D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, Duque de Linares, el cual dictó enérgicas medidas, entre otras, la de que se apostasen dos valientes capitanes en las esquinas de la calle á fin de averiguar quien era el que tan tristemente penaba, pero tan luego como le veían venir despavoridos corrían desobedeciendo mejor al virey que apersonarse con el muerto.

Una mañana se presentó al virey un pobre lego dieguino llamado José de Ledesma, quien le dijo que habiendo perdido las dos piernas á causa de una gangrena tenía la necesidad de andar sobre unos zancos, y que como por constumbre visitaba de noche á su familia que habitaba en el uno de Jesús María lo habían tomado los vecinos por alma de la otra vida, motivo por el cual, todos huían de él y dos veces llegaron á dispararle unos trabucos que por fortuna no le hicieron mal ninguno.

El virey mandó pregonar en el acto en qué consistía el espanto, y los vecinos aunque con temor y en grupos numerosos, salieron á convencerse de lo que por espacio de dos meses los tuvo excesivamente alarmados.

EL ALTAR DEL PERDON

¿Quién no conoce este hermoso retablo de la Catedral de México, y quien no conoce también la hermosa pintura que se halla en el centro del expresado altar? Pues siendo esa pintura origen de una tradición, os la daré á conocer en pocas palabras.

Entre el acompañamiento que traía el noble Don Gastón de Peralta, Marqués de Falces y virey de Nueva España, venía un joven pintor, italiano de origen, pero educado en España, llamado Peirens, el cual estaba contratado por el virey para hacer algunas obras de importancia en el palacio virreinal.

Peirens gozaba de las simpatías del virey por lo cual asistía á las comidas y reuniones de palacio.

Una vez, durante un banquete, un noble caballero preguntó al joven pintor por qué causa no se encargaba de hacer una pintura para el concurso que el Cabildo Metropolitano había abierto, ofreciendo un premio al que pintase la mejor imagen de la Virgen para el centro del altar del Perdón.

Peirens contestó con desenfado, desdén é impiedad que él jamás había pensado en hacer pinturas sagradas; que ni por todo el oro del mundo pintaría esa imagen.

El caballero quedó escandalizado con las ideas de Peirens y no tardó en referir al Arzobispo lo que el joven pintor le había dicho.

El venerable anciano Fray Alonso de Montúfar, Arzobispo de México, mandó llamar á Peirens, pidiendo antes permiso al virey, que lo era ya Don Martín Enríquez de Almanza.

El joven pintor fué al Arzobispado é interrogado sobre lo que había expresado al noble caballero, se sostuvo en su dicho y agregó que su paleta rechazaba la pintura sagrada.

El Arzobispo escandalizado mandó en el acto á Peirens á la Inquisición cuyo tribunal estaba recién fundado, ordenando se le tuviese allí hasta que se retractara.

Meses pasaron y el obcecado Peirens prefirió la prisión á retractarse ó pintar la sacra imagen.

¿Por qué la pintó, al fin?

Hé aquí lo que dicen algunos.

Estaba Peirens muy triste al caer de una tarde. Las golondrinas, libres, locuaces y alegres, revoloteaban en torno de la reja de su prisión. Un rayo macilento del sol poniente penetraba por la alta claraboya del calabozo donde yacía Peirens.

Las golondrinas se retiraron á sus nidos en las cornisas de la torre vecina que dió el toque de oraciones. El sol entre nubes se hundió en

el ocaso, y la luna, precedida de la virginal estrella de la tarde, comenzó á descorrer de su plateada frente el cendal de sutilísima y tornasolada nube que la envolvía.

Cuando la oscuridad del calabozo de Peirens era mitigada dulcemente por un chorro tenue de luz que al penetrar formaba la luna, un extremecimiento inexplicablemente amoroso se apoderó de Peirens y la Sma. Virgen se le presentó resplandeciente de bondad, resplandeciente de luz celestial, de que la luz del sol no puede dar idea, y con una voz que la música no es capaz de imitar siquiera, le dijo

¿Hijo mío? por que no me amas?

Señora y Reina mía, ya os amo, contestó Peirens, arrodillándose y tomando la fimbria del manto de la Virgen.

A su contacto se extremeció. Una serenidad inusitada se apoderó de su espíritu y de su carne y sumergido en una contemplación, que no se sabe cuanto duró, al despertar sólo percibió un aroma extraño que no era ni de nardos ni de azucenas, uno más embriagador y suave que el de nardos y de azucenas, aroma que inspiraba ideas celestiales.

Colores y pinceles tenía Peirens pero carecía de tela en que pintar y por eso resolvió hacer la imagen de la Virgen en la puerta misma de su calabozo.

Cuando Peirens hubo terminado el cuadro, mandó llamar al Arzobispo quien al contemplar aquella obra de arte, aquel cuadro perfectamente acabado, aquellos rostros de la Virgen

y el Infante divino con tan dulce sonrisa no pudo menos de arrodillarse, hizo breve y fervorosa oración, y levantándose bendijo á Peirens; le mandó poner en libertad, y le dio, según afirma el padre Marcellini en su obra «Templos de México,» la respetable suma de 150 mil pesos.

La puerta que contenía aquella hermosa imagen fue quitada de allí, y aprobada la pintura por el Cabildo Metropolitano como la mejor de la Virgen María que existía en Nueva España, se le mandó poner grueso y ancho marco de plata macisa y colocóse en el altar del Perdón.

En el mismo sitio y en el mismo cuadro que la admiraron aquellas generaciones pías, lo podemos admirar nosotros yendo á visitar el altar del perdon.

El Callejón del Muerto

En la primera década del Siglo XVII ó sea el año de 1608, ocurrió en México un caso extraordinario y maravilloso. Oidlo.

En el año de 1587 llegó á la Nueva España procedente de Filipinas un humilde y honrado comerciante español llamado D. Tristán de Alzucer, el cual en compañía de su hijo llamado también Tristán fue á vivir á una humilde, estrecha y apartada calleja.

Estableció allí un pequeño comércio con cuyos productos tenían él y su hijo para vivir.

Por el año de 1606 ocurrió que habiendo salido Tristán el hijo á hacer algunas compras á la costa, enfermóse llegando á punto de morir por lo que el afligido padre hizo promesa á la Virgen de Guadalupe de que si se restablecía aquel iría á su Santuario á pié.

Restablecióse el hijo y D. Tristán olvidó bien pronto la promesa que debía.

Los Alculer llebavan amistad estrecha con el Imo. Sr. D. Fray García de Santa María Mendoza, á la sazón Arzobispo de México, con el cual consultó D. Tristán, que no andaba muy tranquilo, su caso de conciencia.

El Arzobispo lo tranquilizó y le dispensó la dicha promesa, con lo cual D. Tristán no volvió á pensar más en ella.

La mañana del 12 de Mayo de 1609 según costumbre mensual, fuése el Arzobispo á celebrar misa al santuario de Guadalupe y á su regreso encontró á D. Tristán de Alzucer el el cual con una voz hueca y cavernosa le dijo que iba á cumplir la manda pues si no Dios no lo perdonaría.

El Arzobispo notó en Tristán un aspecto tristísimo y una palidez como la de los muertos. Su mano estaba frígida y sin elasticidad y el Prelado se extremeció todo al sentir su helado contacto. Tristán le pareció un muerto, pero viéndolo caminar con paso grave y pausa-

1871.

do se persuadió de que había hablado con un vivo. Lleno de preocupación y de secreto terror regresó á su palacio.

Sorprendióse el Prelado; pero no fue tanta su sorpresa por la muerte de Tristán, padre, cuanto por haber encontrado á este en el ca i-no, con aquel rostro cadavérico que si entonces le impresionó, ahora le ponía el mayor espanto. Vacilaba en su terror en ir ó no á la casa del muerto, pero fue por fin y un calosfrío terrible se apoderó de él cuando vio á Tristán, entre las llamas temblorosas de cuatros cirios, cruzadas las manos sobre el pecho, vestido con negra mortaja y con el mismo rostro con que lo vio en el camino de la Villa.

El Prelado daba diente con diente y descubriendo aquí un misterio divino se arrodilló rodeadó de los familiares que le acompañaban.

El callejón donde vivia Tristán quedó casi despoblado, pues se decia que á las 12 de la noche el muerto con un sudario blanco y una vela amarilla, rezando se paseaba, de esquina á esquina. Ese callejón se llamó luego con el título de esta leyenda.

La casa de D. Tristán ha desaparecido, pero el vulgo sigue llamando á la calle donde estaba construida "El callejón de el muerto"

EL PADRE PINZON

Existia en el triste, miserable barrio de S. Sebastián en el año de 52 una hija del pueblo, candorosa, humilde que era pretendida por un hombre de malos antecedentes á quien ella, no conociéndolos, había correspondido. La muchacha era el tipo de la gente honrada de su clase. Vivía con su madre en un cuarto redondo que respiraba el aseo y buen orden. El piso de madera estaba siempre pintado de amarillo. Una cama de madera, pintada en la cabecera y rodapies con follage y frutas doradas de dudoso gusto, y en la cual había una colcha de remiendos de cien colores y unas almohadas con sus puntas de gancho, era el lugar donde reposaban de noche la madre y la hija. Media docena de sillas de las que se llamaban *ametaladas*, un tinajero con platos *poblanos*, ollitas de cristal azul, tazas de Cuautitlán, un *metate*, siempre muy limpio y recargado en la pared en las horas de descanso, una mesa de pies cuadrados forrada con hule amarillo, tres cuadros de santos con marco de madera, algunas estampas litográficas de Munguía, esparcidos sacá y allá sobre los blancos y aseados muros y fijados opr cuatro tachuelas cada una, junto con dos bau-